



*Relacion nueva de la admirable vida del preescelso Padre San Agustín, pozo de sabiduría, flor de grandes ingenios, maestro de la teología, ornamento de las escuelas, columna de la Iglesia, alegría de los cielos, terror del infierno, y protector de los cristianos.*

**PRIMERA PARTE.**

**A**lto Dios omnipotente,  
 à vuestras plantas rendido  
 está un humilde devoto  
 de vuestro siervo Agustino,  
 confesando que vos solo  
 me podeis llenar de auxilios,  
 con que escriba de su vida  
 lo ganado, y lo perdido:  
 lo uno para escarmiento,  
 y vilipendio del vicio:  
 lo otro para que todos  
 le imitemos advertidos.  
 Nació, pues, aqueste monstruo  
 (que así lo llama su hijo  
 Santo Tomás Villanueva,  
 espejo de comparivos)  
 en la ciudad de Tagaste,  
 que es de Africa dominio,

dichosa por ser su patria,  
 sin que tenga mas motivo,  
 en el año del Señor  
 treientos cincuenta, y cinco,  
 de Noviembre à diez y nueve,  
 como está en su vida escrito.  
 Despues de andar à la escuela,  
 y de saber lo preciso,  
 al estudio le embiaba  
 su padre, con fin torcido,  
 qual era, segun despues  
 en sus confesiones dijo,  
 alcanzar entre los hombres  
 honra falsa, y verse rico.  
 En Tagaste, y en Madanro  
 procuró salir latino,  
 y lo consiguió en Cartágo,  
 ciudad de estudios floridos.

La retórica tambien  
aprendió en aqueste sitio,  
y salió tal orador,  
que la enseñó con gran vitor.  
Comprehendió las demás ciencias  
sin maestro, por sí mismo,  
en grado tan excelente,  
que enseñarlas ha podido;  
mas luego se dió en juntar  
con estudiantes loquillos,  
y arder en ellos las llamas  
de los deleytes lascivos.  
A sí se echava la culpa  
de tan locos desvarios,  
y à la ociosidad, de que  
se vió un tiempo poseido.  
Tambien se queja bastante  
del muy dañoso descuido  
de su padre, en no criarle  
virtuoso de principio;  
porque como era gentil,  
falto de Fe su designio  
era solo el que estudiase,  
y fnese honrado en el siglo.  
Tambien, dice, flé ocasion  
el hallarse divertido  
en los teatros, que son  
de las almas precipicio.  
Todo le dañó bastante;  
mas el mayor mal que hizo,  
fué juntarse con aquellos  
deshonestos mozos dichos,  
tanto, que se avergonzaban,  
y andavan quasi aborridos,  
porque no eran tan malos,  
como sus demás amigos.  
Oraba su santa madre,  
y estaba en llanto continuo  
dandole buenos consejos;  
los que despreciaba altivo,  
porque tenia vergüenza  
de obrar segun los avisos,  
ò consejos de mugeres,  
aun los de su madre finos.  
Su ceguedad fué tal, que  
le despeñaba en los vicios  
de uno en otro, de manera,  
que llegó à estar tan caído,  
que diez se deleytaba,

no solo en el gusto indigno  
del pecado, mas tambien  
en alabarse atrevido;  
y prosigue ya despues  
confesando sus delitos:  
Qué cosas hai, que merezcan  
vituperio, sino el vicio?  
Y yo huía, Señor,  
de este vituperio mismo,  
haciendome mas vicioso,  
que en la realidad he sido.  
Fingia aver hecho el mal,  
y me pasaba à decirlo,  
porque no me despreciasen  
por continente, y sufrido.  
Con tan malos compañeros  
paseaba, en daño mio,  
la ciudad de Babylonia,  
cual si fuese un paraíso:  
rebolviame en su cieno,  
como en balsamo esquisito,  
dejandome yo engañar,  
por ser muy engañadizo.  
Qué mucho, que tal suceda  
à todos aquellos hijos,  
que desprecian en sus padres  
los consejos de Dios vivo!  
De un escollo en otro escollo,  
vino à dar en un abysmo  
de errores de maniquéos;  
porque aunque habia leído  
las divinas escrituras,  
le desagradó su esuilo,  
por humilde, sin que él  
las comprehendiese el sentido:  
que guarda nuestro Señor  
este tan gran beneficio  
para los hombres humildes,  
no para los presumidos.  
Nueve años ( qué desgracia! )  
vivió en deleytes nocivos,  
aunque Dios se los agnaba,  
como suele al escogido.  
Dejó à Cartágo, y de ser  
maestro aplaudido, y quisto  
de retórica, y partióse  
à Roma, lo cual sabido,  
antes que lo egecutase,  
por la madre, con suspiros

le rogó, que no lo hiciese;  
mas como era tan ladino,  
la engañó astutamente,  
diciendola, que un amigo  
se embarcaba, y que él iba  
hasta el puerto à despedirlo.  
En fin, cumplió su deseo:  
llegó à Roma, y Jesus quiso,  
que leyese una disputa,  
que un cristiano habia tenido  
con maniquéos, y otros  
desengaños conocidos.  
Aborreció aquesta secta  
con odio incomparativo.  
( Bendito sea el Señor,  
que aun al malo le es propicio. )  
Leyó retórica en Roma,  
y apenas la hubo leído  
se divulgó de su ingenio  
las gracias, y requisitos.  
Simaco, que era Prefecto  
de Roma, bien entendido,  
escogió al grande Agustin,  
como à sugeto el mas digno,  
para embiarlo à Milán,  
de donde havian pedido  
les remitiese un maestro  
de retórica esquisito:  
disposicion de Dios Padre,  
que con su amor escesivo  
lo llevaba donde estaba  
Ambrosio su siervo pio.  
Así lo dice Agustin,  
hablando con Dios lo mismo:  
Vos me llevabais à él,  
para que él à vos, Dios mio.  
Este gran santo, que antes  
suplicaba à Dios rendido,  
que libertase la Iglesia  
de lógica de Agustino  
le recibió con agrado,  
y paternal regocijo,  
y Agustin tambien à él  
le cobró grande cariño.  
Oíale predicar  
las fiestas, y los domingos;  
y aunque no lo pretendió,  
en conocimiento vino,  
de que la verdad eterna,

que negaban los impíos  
maniquéos, se podia  
defender contra sus ritos.  
Con esto, y con otras cosas:  
se deshizo el laberynto  
de tenebrosos errores,  
con que estaba obscurecido.  
Tambien le ayudó bastante  
el saber, que Victorino,  
siendo acérrimo sectario,  
se convirtió à Jesucristo,  
Deseó mucho imitarle,  
y mas haviendo sabido  
la vida de Antonio Abad,  
anacoreta de Egipto,  
y de otros dos cavalleros,  
que en Treveris la han leído,  
y se entraron Religiosos,  
renunciando al loco siglo.  
Con aquesta narracion  
se quedó tan compungido,  
que empezó à esclamar à voces:  
Qué es esto, Alipio, que oímos?  
Levantanse los indoctos,  
y arrebatan el Empíreo,  
y nosotros nos estamos  
en nuestra carne sumidos?  
El bien queria curarse  
mas como era mal antiguo,  
à no ser Dios nuestro amparo  
no lo huviera conseguido.  
*Hagase luego*, decia  
dentro de sí, tan sin brio,  
que pudo mas la costumbre,  
aunque no quedó vencido.  
Cada pasion le decia:  
por qué me dejas, bien mio?  
mira, que nunca jamás  
bolverás à estar conmigo:  
piensas, que podrás vivir  
sin nosotras, pobrecillo?  
Luego vió la continencia  
mostrandole gran cariño:  
le enseñó un numero grande  
de mozos, niñas, y niños,  
de doncellas, y de viudas  
hecho de sí sacrificio.  
Oyó que dijo: no temas,  
llega á Dios, que es compasivo,

arrójate á sus brazos,  
que te mantendrá benigno:  
no te dejará caer:  
echate en sus brazos, digo,  
pues así sanarás; mas él  
se advirtió muy confundido.  
Después de esta lucha fuerte,  
que venció por los auxilios,  
que Dios le dió, comenzaron  
sus ojos à ser dos rios.  
Fuese bajo de una higuera;  
y en el suelo se ha tendido  
llorando, cual Magdalena,  
y à su Dios, y señor dijo:  
hasta cuando ha de durar  
tu enojo, Señor, conmigo?  
hasta cuando? No te acuerdes  
de mis pecados antiguos.  
Viendose con tantas culpas,  
otra vez ha referido:  
hasta cuando? hasta cuando?  
mañana, mañana, he oído.  
Y por qué no hoy? por qué,  
si nadie tiene à su arbitrio  
sino es el rato presente,  
he de querer diferirlo?  
En esto que oyó una voz,  
que parecia de niño,  
que decia: *Toma, y lee.*  
Levantóse, y abrió un libro  
de epistolas de San Pablo,  
y esta leccion ha leído:  
No en comidas, y bebidas,  
no en camas, y no en lascivos  
amores, no en contiendas,  
y porfias; mas vestíos  
de Jesucristo, y dejar,  
el demasiado arrimo  
de vuestra carne, con todos  
sus afectos, y apetitos.  
En leyendo esta sentencia,  
un rayo de luz cumplido  
penetró su entendimiento,  
y sus dudas satisfizo.  
Por mar, y tierra su madre,  
hasta Milán lo ha seguido,  
pasando muchos trabajos:  
(ò, lo que cuestan los hijos!)  
Encargóle à san Ambrosio;

y Agustin, ya convertido,  
hizo grandes penitencias  
de ayunos, y de cilicios.  
Determinó bautizarse  
à los treinta y tres cumplidos  
años de su edad, por mano  
de Ambrosio, que era el Obispo.  
Entre éste, y san Agustin  
dijeron allí aquel hymno,  
con que dá gracias à Dios  
la iglesia en sus beneficios.  
O, corazones paternos  
de Ambrosio, y Mónica heridos,  
cómo estariais de gozo  
à vista de tal prodigio!  
y tambien toda la Iglesia,  
por mirarle convertido,  
hecho, de lobo insaciable,  
un humilde corderito.  
Bien se deja conocer  
el placer que ha recibido,  
pues como à Pablo celebra  
su Conversion, preferidos.  
Luego salió para Africa  
con su madre, y sus amigos,  
y en Ostia murió quien fué  
*dos veces madre de un hijo.*  
Caminó de allí à un desierto,  
à donde vivió escondido,  
huyendo de todas honras,  
y escribiendo grandes libros.  
Por mas que se anonadaba,  
Dios, que ensalza à los rendidos,  
le sacó de su rincon  
con un modo peregrino.  
Fué, que en Bona un caballero,  
para entregarse al servicio  
de Dios, queria consejos,  
y à san Agustin oirlos.  
Súpolo el santo, y partióse  
à Bona, donde era Obispo  
san Valerio, el qual con gozo  
le recibió agradecido.  
Apenas le vió en su mano,  
al pueblo influyó, y unidos  
le forzaron, que aceptase  
la honra de ser Presbítero.  
El santo lloraba mucho,  
teniendose por indigno;

y las gentes ambiciosas  
le consolaban à gritos,  
diciendole, que callase,  
que cerea está à ser Obispo  
el sacerdote, que era  
lo que havia merecido.  
La perfeccion evangelica  
plantó en tiempo tan propicio,  
que cada dia se aumenta  
en parages muy distintos.  
Estando enfermo, y anciano

san Valerio, lo ha elegido  
sucesor al Obispado,  
por estímulos divinos.  
Murió san Valerio, y luego  
le consagraron Obispo,  
contra todo su querer;  
mas gracias à Dios se hizo.  
En otra segunda parte  
diré, aunque poco, y frio,  
lo que quepa de la vida  
del muy gran padre Agustino.

## SEGUNDA PARTE.

*En la cual se dá fin à la vida, virtudes y escelencias del  
doctor de la Iglesia san Agustin.*

**V**iendo este Santo, que Cristo  
sus ovejas le fiava,  
à egemplo del mismo Cristo  
legislador se declara,  
quitando muchos abusos  
en clero, y gente ordinaria  
con grande suavidad,  
y el egemplo que les daba.  
Fundó de monjas tambien  
monasterio, à donde entraban  
à ser esposas de Cristo  
las doncellitas honradas.  
Visitaba à los enfermos,  
y à las que viudas quedaban,  
componia los discordes,  
y sus pleytos sentenciaba;  
pero lo que el Santo hacia  
con mas fuerza, y mejor gana,  
era guerra à los infieles,  
que en aquel tiempo abundaban.  
Huvo en Bona un maniquéo  
engañador de las almas:  
llamabase Fortunato;  
mas de arguir se excusaba  
con san Agustin, temiendo  
su grande ingenio y su traza,  
que havia experimentado  
antes que se bautizára.  
Por no perder la opinion,  
que tenia bien sentada

entre los suyos, convino  
en salir à la batalla.  
Señalaronse notarios,  
que escribiesen las palabras  
de una, y otra parte, y fueron  
à escucharlos gentes varias.  
Arguyó con Agustin  
como dos horas muy largas,  
confesando al cabo de ellas  
no tener que decir nada.  
Huyóse fuera de allí,  
y embió su secta errada  
otro en su lugar, mas éste  
no se atrevió, aunque en carta  
san Agustin le decia,  
que disputase, ò marchára  
de la ciudad. Otro herege,  
que su secta reputaba  
por el mas sabio de todos,  
salió luego à la demanda  
con san Agustin, el cual  
tanto, tanto le apretaba,  
que allí en presencia de todos  
dijo el infiel en voz alta,  
queria ser obediente  
hijo de la Iglesia santa.  
Mayores disputas tuvo,  
y victorias alcanzadas  
con donatistas, los cuales  
dijeron, que perdonaba

Dios sus pecados al que  
al lobo Agustín matara,  
saliendole à algun camino,  
cuando predicando andaba.  
Intentaronlo alevosos,  
bien prevenidos de armas;  
y Agustín erró el camino,  
y otras veces se escapaba:  
Llenos de rabiosa embidia;  
las espadas afiaban,  
y el Santo su lengua, y pluma,  
con que à todos destrozaba.  
Viendo, pues, los donatistas  
la verdad tan à las claras,  
que avergonzado, y vencido  
salía el que disputaba,  
innumerables de ellos  
con Dios se reconciliaban:  
y los católicos firmes  
en la Fe con gran constancia.  
Del propio modo vencía  
los arrianos; que hallaba,  
apartando de sus mieses  
esta dañosa cizaña.  
La victoria mas plausible,  
que alcanzó su vigilancia,  
fue contra Pelagio, y todos  
los que su doctrina amaban.  
Pelagio era inglés, y monge,  
el cual fue à Roma, y andaba  
entre católicos siempre  
pervirtiendoles las almas.  
A Sicilia pasó luego,  
y el mismo intento lograba,  
lo que tambien consiguió  
en Inglaterra su patria.  
Partióse à Jerusalén,  
y de allí pasó à Africa  
vestido de hypocresía,  
que à san Paulino engañaba,  
pues le dió el santo Prelado  
para Agustino unas cartas,  
que decían ser Pelagio  
santo, y que así lo mirára;  
mas como Agustino fue  
lobo de aquella camada,  
le conoció brevemente  
por una, ù otra palabra.  
Tomó à su cuenta la luz

del mundo, Agustino, clara,  
alumbrar toda la tierra,  
que obscureció este canalla.  
Diez años gastó continuos  
en escribir cosas tantas  
contra él, que san Geronimo  
por lo mismo se escusaba.  
Dejémos aqúeste punto,  
y pasemos à otras gracias,  
que fuera nunca acabar  
contar historia tan larga.  
Fue Agustín tan gran doctor,  
que casi todos se alaban  
de ser discipulos suyos,  
y de seguir sus pisadas.  
Notad à Tomás de Aquino,  
y conoceréis sin falta  
la grandeza del maestro,  
que tal discipulo saca.  
No cupieron en un libro  
los titulos que le daban  
los santos; mas aunque tantos,  
à sus méritos no igualan.  
En traje de peregrino  
à Cristo le dió posada,  
y lavandole los pies,  
le echó de ver las dos llagas.  
Agradecido Jesus,  
gran padre à Agustino llama,  
y demás de aquesta honra,  
su Iglesia le encomendaba:  
despues le mostró el costado,  
diciendole, que llegára  
à beber de él: favor,  
que para Agustín guardaba.  
La Virgen nuestra Señora  
madre de Dios soberana,  
sus pechos, como á Bernardo,  
para que el nectar mamára.  
Gobierna su santa regla  
religiones aprovadas  
cincuenta, sacando santos  
innumerables, y santas.  
Asistió à siete concilios,  
siendo su doctrina clara  
la linterna, con que todos  
los errores registraban.  
Llevaronle un paralytico,  
estando enfermo en la cama,

al cual tocó, y consiguió  
la salud, que deseaba.  
No tuvo el pobre de Cristo  
de que testar, mas dejaba  
à la Iglesia su doctrina,  
que estima, venera, y guarda.  
Murió de dolor en ver  
la Iglesia tan asaltada  
de los furoros heréticos;  
y boló al cielo su alma,  
à los sesenta y seis años  
de su edad: y fue llorada  
su muerte universalmente  
de las gentes mas cristianas.  
A la gran santa Gertrudis  
la reveló Dios, que estaba  
cerca del trono divino  
de Agustino el alma santa.  
Pasemos à sus virtudes,  
teniendo en aquesta plana  
la oracion primer lugar,  
pues que de ella dimanar.  
Escribiendo y predicando,  
y cumpliendo su pesada  
obligacion indecible  
parece que siempre oraba.  
Qué ternuras! qué suspiros!  
qué afectivas alabanzas  
de serafin encendidas,  
de querubin por lo sábias!  
Quién, à vista de este egemplo,  
dirá, que tiempo le falta  
para tener oracion?  
mas à fe, que à sí se engaña.  
Su necesidad, gran Padre,  
deme à entender su eficacia,  
que no me faltará tiempo,  
si la miro necesaria.  
En nuestra naturaleza,  
monstruo los padres te llaman,  
por la profunda humildad,  
con que el Señor te dotaba.  
Ay de mí! que de soberbia  
soy Babilonia encumbrada,  
y de loca presuncion  
se me queman las pestañas.  
Alcanzadme, santo mio,  
de la piedad soberana  
el propio conocimiento,

para que este viento salga.  
Amante de la pureza,  
recelabas, y guardabas  
la castidad, que yá eras  
ángel con la forma humana.  
Votaste advertidamente,  
que tu sobrina, y hermana  
en tu casa no estuviesen:  
decias, que sus criadas,  
y conocidas, no eran  
sobrinas tuyas, ni hermanas,  
y que con este buen modo  
escandalos se escusaban.  
Rogad à Dios, que yo tema,  
y que de este temor nazca  
recato en mis pensamientos,  
en mis obras, y palabras.  
A la paciencia de Job  
tu santa vida imitaba,  
sufriendo de los hereges  
la lepra de lo que hablaban.  
Pedidle à Dios, que yo sufra  
de mis progimos las faltas,  
y que en las tribulaciones  
de esta gran virtud me valga.  
Tambien te pido gustoso  
la virtud de la templanza,  
pues no la diste á la gula  
en tu corazon entrada.  
Como medicina, dices,  
que nuestro Dios enseñaba  
à tomar el alimento:  
luego está la razon clara,  
que no tomarias mas,  
que aquello que te bastaba,  
sintiendo tener el gusto,  
que irremediable se halla.  
Ahora, Serafin mio,  
que de tu amor me acordaba  
me dá gana de llorar,  
y confundirme en mí nada.  
Aquel decirte el Señor:  
Dime, Agustino, me amas?  
y responder tú: mi bien,  
un imposible pensaba:  
si Agustino fuera Dios,  
de serlo Agustín dejára,  
porque vos, Señor, lo fuerades;  
mas ya que esto no se haga,

desde hoy, Señor, de mis huesos  
os formaré una lámpara,  
y en vez de oleo echaré  
mi sangre para que arda.  
Con el prógimo tambien  
tu caridad fue estremada,  
bolviendo bienes por males,  
como el Apostol encarga.  
Dabas tan grandes limosnas,  
que te quedabas sin blanca,  
y por no faltar à ellas,  
hasta el incensario dabas.  
Qué diré de aquellos versos,  
que en el refectorio estaban,  
prohibiendo, que ninguno  
del ausente murmurára?  
Rogad à Dios, que yo le ame  
sobre las cosas criadas,  
y al prógimo como à mí,  
guardandole las espaldas;  
y tu gran desasimiento  
tambien del Señor me alcanza,  
con que usabas lo terreno,  
como si de ello no usáras.  
Grande fue tu diligencia,  
pues ni un instante parabas  
en buscar de Jesucristo  
la honra, gloria, y la fama.  
Esto solo pretendias  
cuando matarte intentaban  
los hereges, y el Señor  
por un ángel te libraba.  
Suplicad à Dios, yo sea  
ángel custodio, que vaya  
en la guarda de mí propio,  
que soy el que mas me mata.  
Y finalmente, abogado  
de las miserias humanas,  
inclinaos ácia el trono  
del Señor, y con palabras  
dignas de tu grande ingenio,  
y perspicáz eficacia  
ruegale, pues que supiste  
por esperiencias las plagas  
de este mundo, donde tienen  
los gustos penas dobladas,  
que nos tenga de su mano,  
y gobierne nuestras plantas,

para que no nos movamos  
à cosa que no le agrada.  
Y por haberte criado  
nuestro Señor para tanta  
honra, y gloria de su nombre,  
aplaudiendo tal crianza,  
bendíganle desde el cielo  
todos los que allí le alaban,  
y para pue aquí en el mundo  
con gran perfeccion se haga,  
sol, luna, planetas, signos,  
lucero de la mañana,  
estrellas, esfera, polos,  
prados, montes, yervas, plantas,  
todos los cuatro elementos,  
fuego, viento, tierra, y agua,  
con todo lo que contiene  
cada uno en sí por gracia  
alabad al Criador,  
como David os mandaba;  
y todos los hombres juntos  
le demos siempre alabanza.  
Y ahora à su siervo fiel  
digamos, porque le agrada:  
Salve, gran padre Agustino,  
à quien Cristo tanto amaba,  
que te encomendó su iglesia,  
como à Juan su madre sacra.  
Salve, capitan valiente,  
que haces de la pluma espada,  
con que guardas, y defiendes  
del paraíso la planta:  
Salve, columna de nube,  
donde su trono formaba  
la eterna sabiduría,  
sin que os ingrediese nada.  
Salve tú, de quien notó  
Volusiano, que faltaba  
à la ley de Dios lo que  
de comprehender te dejabas:  
que es como si dijera,  
que no hay en esta ley nada,  
que no comprendieses tú,  
Salomon de ley de gracia:  
Ruega por todas las gentes  
con tu paternal instancia,  
para que seamos dignos  
de la bienaventuranza.

E I N.

*En Valencia: Por la Hija de Agustin Laborda, año de 1822.*